

DANIEL CORPAS HANSEN

DESIERTOS



Propiedad intelectual: M-001756/2011

I

Puede que sean cosas de la vejez, pero ahora que mi humilde existencia toca a su fin, vuelvo mi único ojo atrás y al primero que veo es al bueno de Tommy Cmikiewicz. Sin ánimo de sonar arrogante, estoy en condiciones de afirmar que nadie exploró jamás el interior de aquel muchacho como lo hice yo. Lo curioso es que apenas retengo esa su última imagen, en la que debería aparecer bello e histérico, paralizado en mitad de un grito de terror, con los pantalones por los tobillos y una notable cantidad de sangre manándole por la cara interna de los muslos.

Pero no. Por algún motivo, en mi ya parca memoria Tommy luce tan triste y tan asquerosamente gordo como el día en que lo conocí. Hasta recuerdo que llevaba su sudadera favorita, en la que se leía un “Muthafucka” estampado con grandes letras de color morado sobre un fondo naranja chillón.

En aquella época Tommy era un *teenager* más, casi prototípico, dentro de esa franja de tierra cogida por dos pinzas, el último barrio de New York y el primer suburbio de Los Ángeles, que ustedes han convenido en llamar la América profunda. Entiendo la angustia que les provoca este espacio vastísimo y sobrecogedor, los hombres de manos toscas y cuello rojo que beben Wild Turkey, las chicas con camisa de franela y cortes de pelo erróneos llamadas Ellen Mae o Rita Sue, el horizonte que se expande de un modo infinito, bestial, abusando del alma humana como si fuese un matón de cursos superiores.

Para mí, en cambio, *Deep America* fue Jauja, con su salvaje moral de eterno territorio fronterizo y sus miles de centros comerciales, espolvoreados por el paisaje como grandes megalitos tras una lluvia de asteroides. Fue, insisto, una época dorada de la que tuvo mucha culpa el gran Tommy.

El punto geográfico exacto en el que nació y creció, y del que jamás se había movido hasta entonces, carece de importancia: pese a tratarse de una ciudad de tamaño medio situada al norte del estado de Arizona, él la definía invariablemente como “un villorrio infecto a mitad de camino entre un árbol y

una piedra". Contratiempos de la edad: inadaptación, apatía, pereza, abulia, mal humor crónico, simple y llana idiotez...

El chico reunía todas las características propias de esos seres aún por formar (o deformar) que vagan a tientas por el páramo de la adolescencia, añorando tanto los caramelos que pidieron ayer como la cerveza que podrán pedir mañana, un mañana que nunca termina de llegar, un mañana administrado con racanería por padres, profesores, policías, porteros de discoteca y una lista sin fin de crueles villanos confabulados bajo una sola nomenclatura, de frustrante abstracción: La Autoridad.

Por si fuera poco, Tommy soportaba una virginidad enconada y tenaz que lo impulsaba a masturbarse con un entusiasmo digno del Onán bíblico. No es que las chicas le ignorasen, es que veían directamente a través de él, lo cual no deja de ser meritorio, teniendo en cuenta que hablamos de un bulto de considerables proporciones: Tommy acarreaba consigo una masa corporal de 0,2 toneladas, hecho que desde luego no contribuía a hacer sus días más llevaderos, y sobre el que me extenderé más adelante.

En síntesis, su vida era un saco de mierda, y tal y como le dictaban sus hormonas odiaba a todo el mundo. A unos meses de cumplir los diecisiete, sólo hubiera salvado de la quema, y siempre dependiendo del día, a las únicas personas que sin haber vínculos de consanguinidad de por medio le trataban con un mínimo de deferencia; es decir, sus dos amigos, Stewie y Axel, sendos *nerds* que le ayudaban a cargar con el invisible aunque aplastante rótulo de "loser" por los pasillos del instituto.

El pobre Stewie sufría de un acné galopante, hasta el punto de que a veces, si se le miraba de frente, su cabeza parecía un grano en sí misma, un solo grano enorme, blancuzco y purulento que le había salido en el cuello y cuyo estallido era inminente. Su cara era un ecosistema vivo y palpitante, como uno de esos cultivos de laboratorio que los científicos contemplan embelesados a través del microscopio. Sólo que a Stewie nadie lograba contemplarlo durante más de unos segundos. Hay que decir que él, de temperamento alegre, lo llevaba con pasmosa naturalidad.

Adoraba por encima de todo engrasar la colección de armas automáticas de su padre, rito durante el que, juraba y perjuraba, un Uzi israelí por el que sentía especial predilección solía susurrarle hermosas palabras en un idioma muy antiguo, “Quizá arameo”, concluyó, tras consultarlo con Google. Stewie hablaba de aquel subfusil con la dulzura con que otros acariciaban a sus novias en la parte de atrás del coche antes de penetrarlas por primera y última vez. Durante una acampada (con cierta trascendencia para esta historia, por cierto) llegó a confesarles a Tommy y a Axel que algún día haría grandes cosas con aquella preciosidad. “Pero tranquilos, vosotros dos estáis a salvo”, mintió, mientras se llevaba a la boca un puñado de moras silvestres. A la luz de la hoguera, con el mentón salpicado de jugo rojo, Tommy vio a su colega transfigurado en chacal, como si los espíritus del bosque hubiesen entrado en él.

Axel, por su parte, no era objetivamente tan repulsivo, efecto que sin embargo se esforzaba a conciencia por lograr mediante un excéntrico maquillaje (negro para ojos y labios, blanco para todo el resto), un peinado imposible fijado a base de ceniza y unas lentillas traslúcidas que hacían que sus ojos se asemejasen a los de un zombi haitiano. Ni siquiera en verano se desprendía de una gabardina de cuero negro que le llegaba hasta los tobillos y a la que con paciencia de orfebre había engarzado clavos, tuercas, imperdibles y morralla metálica de lo más diversa. El tintineo que producía al desplazar sus casi dos metros de estatura convertía a Axel en una siniestra ferretería ambulante, una ferretería en la que (según debían pensar los demás) pasaban cosas verdaderamente espeluznantes.

Su absoluta devoción por la dieta del cazador-recolector no contribuía a mitigar dicha percepción: el día que llevó al comedor un conejo muerto y lo abrió en canal para degustar sus vísceras crudas, la señora O’Hara, jefa de estudios, le invitó a almorzar por separado a partir de entonces. Axel, parapetado tras el muro sónico que le proporcionaba su iPod, se relacionaba con el exterior casi exclusivamente por medio de un sistema binario SÍ-NO, a la espera de alcanzar su única meta: la mayoría de edad que sin necesidad de consentimiento paterno le permitiera limarse los colmillos en punta y rebautizarse con el pomposo nominativo de Vlad.

Y por supuesto, completando este trío de leprosos, el gran Tommy Cmikiewicz, 450 libras de grasa púber, 200 kilos de obesidad mórbida deslizándose con un bamboleo ondulante e hipnótico en pos de la madurez, como una ameba prehistórica, como una majestuosa montaña de pudín.

Su organismo operaba de un modo prodigioso: cualquier alimento ingerido era automáticamente transformado en sebo; de la boca a la lorza en una suerte de aceleradísimo milagro metabólico. Alguna que otra vez incluso había llegado a sentir cómo engordaba en tiempo real: repantingado en la cama, viendo la tele en compañía del kilo de helado que deglutía por principios antes de dormir, escuchaba un leve fru-fru, una especie de bisbiseo proveniente de la piel de su cintura, y que sólo podía significar que su inmenso *julajop* de tocino se estaba ensanchando aún más en ese preciso instante.

Pero ojo, no caigan en el error de imaginar a Tommy asqueado de sí mismo, mirándose en el espejo impotente tras haber tocado fondo, arrojando a la basura el cubilete de helado y proclamando un sentido “Hasta aquí hemos llegado” que le conducirá a una purificadora hazaña de superación personal. No pretendo sonar cínico, pero mi modesta experiencia me ha enseñado que los seres humanos sólo cambian en las películas de dibujos animados, así que les adelanto un titular: este Tommy, mi Tommy, no ve la luz ni se redime. Nada más lejos de la realidad.

Porque él no era ni mucho menos uno de esos gordos plañideros que lamentan el funcionamiento defectuoso de su glándula tiroides, única explicación plausible a que después de semanas sometidos al tormento de un régimen inhumano la báscula no marque ni un gramo menos. Tommy no era ese gordo culpable que pone la alarma a las tres de la madrugada para reptar hasta la nevera y saquearla de forma lenta y escrupulosa, a salvo de las hirientes miradas de censura. Tampoco era ese gordito sensible que lloriquea en un rincón porque la sociedad lo margina o porque su amor platónico se mofa de él por cómo le botan las tetas en la clase de gimnasia.

No. Tommy era un gordo nato, vocacional, con todas las consecuencias, y ejercía como tal cada segundo de su existencia. Amaba y disfrutaba la comida, y le colmaba de orgullo y gratitud el hecho de haber nacido en América, esa

gloriosa nación, cuna de la hamburguesa y el *hot dog*, en la que, además, habían confluído por vía migratoria todas las delicias culinarias del planeta: tacos, enchiladas y tamales, pizzas de mil formas y colores, salchichas del tamaño de un brazo humano, albóndigas, *moussaka*, sushi, pollo *tandoori*, bolas de cerdo agridulce, *rodizios* brasileños, empanadas argentinas, kebabs y pinchos morunos (Tommy se negaba a creer que los inventores de semejante exquisitez tuviesen nada que ver con Al-Qaeda)... Y su más reciente hallazgo, las tajadas de plátano frito, típicas de Ecuador, Colombia o algún otro país que no era capaz de ubicar en el mapa pero que, a juzgar por sus manjares, debía ser paradisíaco.

Aparte del placer desorbitado que hallaba en la comida, desconocía por completo el pudor o el sentido del ridículo. Se compraba una estridente camiseta talla XXXL y a la salida de la tienda paraba en cualquier puesto callejero, a por el enésimo aperitivo de la jornada. Siempre pedía algo pringoso que goteara abundante salsa, algo succulento con lo que deleitarse bocado a bocado mientras caminaba bulevar abajo sin prestar atención a las miradas que convergían en el fluir magmático de su vientre; unas miradas que inquirían a viva voz “¿Es que no te da vergüenza, cerdo?!”. “Pues no, ninguna”, habría respondido Tommy, si alguna vez por casualidad hubiese reparado en ellas.

La ensimismada indolencia de sus dieciséis años lo blindaba contra los agujonazos de la mala conciencia, y las consideraciones relativas a la salud, a esa edad, no le preocupaban lo más mínimo. Tampoco conceptos tan etéreos como Dignidad o Respeto por uno mismo. ¿Por qué habría de estar acomplejado? ¿Acaso no repetían en las noticias que la mitad de la población padecía asimismo un sobrepeso aberrante? Tommy confiaba en que, si el gobierno y la CIA podían apañárselas para bombardear una madrasa islámica con un avioncito teledirigido en la otra punta del planeta, también sabrían cómo manejar este problema, llegado el momento.

No es que tuviese una percepción distorsionada de la realidad: admitía que su aspecto resultaba desagradable, incluso monstruoso, y ciertos días, cuando las pullas arreciaban a la hora de saltar el potro o escalar la cuerda, no le hubiera importado segar un par de cabezas. Pero se contenía, flemático, y encajaba los

golpes con la parsimonia de un viejo elefante, convencido de que en esta vida todos tenemos nuestra ración de mierda que tragar, personal e intransferible (qué gran verdad, me atrevo a añadir).

Axel y Stewie, sin ir más lejos, pese a su extrema delgadez, no se libraban ni un solo día del azote de la masa: Stewie convivía con chistes continuos y recurrentes del tipo “¿Te ha picado un enjambre de abejas asesinas?” o “Hey, tienes una mancha de mayonesa en la boca, ah, no, que es pus”. Él se encogía de hombros y seguía su camino, masticando palabras ininteligibles, tal vez las mismas que el Uzi le susurraba a él. Axel, por su parte, al inspirar cierta dosis de temor disuasorio, no estaba obligado a soportar este arsenal de insultos frontales, aunque a sus espaldas todos se referían a él como “La cosa”, o, más abreviadamente, “Eso”.

En definitiva, Tommy carecía de freno, de cualquier inhibidor interno o externo que pudiera hacerle plantearse si quiera la posibilidad de moderar su apetito y cuidar su alimentación. Quizá la existencia de una joven damisela por la que suspirar en secreto le habría empujado a adelgazar, pero las chicas, ya se ha visto, le rehuían como a la peste bubónica, mientras que ellas para él eran criaturas gritonas, irritantes, hostiles, y le resultaban igual de extrañas (mucho más, en realidad) que los Klingon o los licántropos. Obviamente, ignoraba lo que le aguardaba justo a la vuelta de la esquina.

El deporte tampoco le motivaba. Por un lado, no estaba en condiciones físicas de practicar ninguno: sus músculos eran de plastilina, y sus pulmones no daban abasto. Por otro, los deportistas de élite, a pesar de su fama y sus contratos multimillonarios, no le parecían individuos ejemplares ni modelos a seguir, sino tipos sudorosos que correteaban detrás de una pelotita por motivos no del todo comprensibles. “¿Cuál es la gracia?”, se preguntaba, sin envidiar para nada sus brazos musculosos, sus torsos atléticos, sus protuberantes *six-packs*, esos iconos de la posmodernidad esculpidos a cincel en los abdominales de unos pocos elegidos. De hecho, ver tan populares bultitos en la TV o en una foto en internet no le inspiraba ningún deseo de emulación. Lo que le provocaba era un hambre canina, pues la forma le recordaba a una

sabrosa tableta de chocolate o un humeante plato de raviolis, según le apeteciese dulce o salado.

Tommy estaba contento, o al menos cómodo, con su colosal *one-pack*, tan similar al del inefable Adam Richman, el único hombre blanco, aparte de Eminem, al que admiraba. Richman era esa clase de gordo que todo gordo aspira a ser, un gordo íntegro, ostentoso, dinámico, expansivo, vital, consciente al tiempo que consecuente; en una palabra, un gordo total. No sólo no se escondía en su oscura madriguera a roer un hueso como una alimaña acorralada, ¡lo hacía frente a las cámaras, en directo, a la vista de todo el país! ¡Y encima le pagaban un dineral por ello! Su programa *Man versus food*, que era un éxito de audiencia, lo llevaba de una punta a otra de los Estados Unidos para enfrentarlo a una serie de retos culinarios, de Himalayas gastronómicas.

Un restaurante X le arrojaba el guante y allá iba él, fuere donde fuese, a vérselas cara a cara con el platillo local o la especialidad de la casa: después de dar buena cuenta de una fuente de tomates verdes fritos bañados en salsa cajún en Baton Rouge, Luisiana, viajaba a Cheyenne, Wyoming, a medirse con una lasaña de pasta del espesor y la densidad de un ladrillo para, de postre, zamparse un batido casi sólido de donuts, *brownie* y tarta de queso en Omaha, Nebraska.

Tommy atesoraba con especial emoción aquel vibrante episodio en el que el héroe acudió al desafío lanzado por el *tex-mex* Iguanas, de San José, California, guarida del mítico y temible *Burritozilla*, híbrido del clásico burrito norteño y el lagarto Godzilla, una bestia de medio metro de largo y más de dos kilos de peso ensamblada por un cocinero demente en alguna oscura e insana mazmorra. Fue un duelo épico, una lucha entre San Jorge y el dragón, el combate a quince asaltos que nunca tuvo lugar entre Muhammad Alí y George Foreman. Por momentos Richman flaqueó, estuvo a punto de hincar la rodilla ante aquel mazacote de carne picada envuelto en una capa tras otra de tortilla de trigo y minado de chiles jalapeños y chipotle.

El hombre resollaba ahíto, intoxicado de picante, colgando de la silla y casi doblegado. La presencia de un médico muy efectista que con gesto grave le tomaba el pulso confería tensión y dramatismo a la escena: la muerte en

directo, sueño mojado de cualquier audiencia, era uno de los desenlaces posibles.

En medio de un silencio litúrgico, los restantes comensales y otros curiosos que abarrotaban el local esperaban en vilo la resurrección de Richman, que no terminaba de producirse. El médico le auscultó el pecho y negó con la cabeza, circunspecto, como si acabase de escuchar un río amarillo de colesterol fluyendo en tromba por sus arterias.

Entonces, tras atravesar con la mirada al *Burritozilla*, Richman se desabrochó el botón del pantalón, hizo de corazón tripas y tragó de una sola tacada lo que quedaba de su enemigo. El delirio, el éxtasis: los presentes, enardecidos, comenzaron a agitar sus pancartas, espoleando al nuevo mesías, al flamante paladín de la gula. Richman, transformado en una suerte de serpiente pitón, el vientre hinchado y los ojos casi en blanco, digería concienzudamente a su víctima entre aplausos y vítores, que él agradecía con un leve movimiento de la mano, cual príncipe que saluda a la plebe desde una carroza. En cuanto fue capaz de incorporarse, bajó los últimos restos del *Burritozilla* dando sorbos a un tanque de coca-cola en el que flotaban gruesas bolas de helado de vainilla. Para Tommy, aquel hombre acababa de adquirir textura de semidiós.

Durante las siguientes semanas el chico demostró una iniciativa inusual para sus por entonces catorce años: escribió decenas de cartas al Travel Channel, la cadena que emitía *Man versus food*, explicando con enternecedora candidez lo mucho que significaba Adam Richman para él, e invitando al artista a visitar la ciudad con objeto de, textualmente, “Salir juntos a atiborrarnos de hamburguesas”. Nunca obtuvo respuesta, lo que Tommy achacó al hecho de que la ciudad era demasiado aburrida y provinciana para atraer a un genio del calibre de su idolatrado tragaldabas.

No se le cruzó por la mente la opción de que Richman, al igual que tantos otros personajes televisivos en apariencia campechanos, pudiese ser en realidad un imbécil fatuo y vanidoso, como acabaría constatando unos años después. Sin embargo, sí que se fue calcificando en su interior esa certeza de vivir “En un villorrio infecto a mitad de camino entre un árbol y una piedra”, convicción que

le agrió el carácter y le llevó a despreciar a los que le rodeaban casi tanto como los que le rodeaban le despreciaban a él.

Por ejemplo, cuando sus padres (que no le despreciaban pero sí eran despreciados por él) osaban interesarse por su futuro, cuando tanteaban cautelosos qué pensaba hacer su único hijo una vez finalizado el *high school*, éste les respondía con aspereza “Comer”. Y ahí mismo moría la conversación.

Owen y Nancy eran dos personas normales (y delgadas), de éstas a las que se califica instintivamente con la ambigua etiqueta de “buena gente”. Años atrás, cuando el niño, a los diez, ya había comenzado a triplicar el consumo calórico recomendado, ellos protagonizaron un civilizado y modélico divorcio por hastío. Nada traumático, cada uno por su lado y listo. De aquella pequeña crisis a Tommy se le quedó grabado muy vívidamente el siguiente diálogo, que alcanzó a escuchar agazapado tras el sofá, con los dedos pegoteados de mantequilla de cacahuete. Su padre leía el periódico, su madre zapeaba:

—Tenemos un problema, Owen. Tommy no para de comer, está más gordo cada día. Creo que lo del divorcio le está afectando.

—Tonterías, mujer. Dadas las circunstancias todos lo estamos llevando bastante bien, incluido él.

—Esta mañana, en el desayuno, le ha echado Sprite y beicon a los Cheerios. Sprite y beicon... —repitió ella, como si en realidad Tommy hubiese mezclado nitro con glicerina.

—Está en edad de crecimiento —templó él, disimulando la repugnancia.

Tras una pausa en la que Tommy sólo oyó el rasgueo de las páginas del periódico al pasar, Nancy volvió a la carga:

—Zoe, la maestra, me ha contado que el otro día, en el comedor, se comió el almuerzo de todos los niños de su mesa. Los demás le jaleaban y él tragó hasta reventar.

—¿Hasta reventar? No entiendo —a Owen no le quedó más remedio, ahora sí, que doblar el periódico.

—Ella tampoco entendía, así que le preguntó qué hacía. Él contestó: “comer para afuera”. Estaba vomitando.

—Jesús... —musitó su padre, horrorizado —por ahora lo mejor será que no le presionemos, deja que se explaye. Confía en mí, se le pasará.

Pero no se le pasó. El niño siguió procesando cualquier cosa a la que se le pudiera hincar el diente con la voracidad de un triturador de basura. Y sus padres callaron, al principio por reparo a causarle estrés emocional, después porque ya era tarde y no había nada que hacer. Su silencio fue un cheque en blanco para Tommy, una invitación implícita a comerse el mundo, literalmente.

Lo irónico es que el divorcio simplemente coincidió, por puro azar, con el instante en que el muchacho comenzó a cebarse: un buen día Tommy despertó y el estante de las salsas en el supermercado apareció de repente a sus ojos como una gran promesa multicolor, el queso fundido de pronto ejercía sobre él un hechizo irresistible, la comida le llamaba con cantos de sirena porque, sencillamente, todo tenía más sabor. Y ésa es la única razón por la que Tommy acabó transmutándose en un cetáceo bípedo.

Supongo que la lógica causa-efecto es sólo una verdad, no la verdad.

Y bien, a estas alturas se preguntarán dónde radicaba el problema. Tommy era un *freak* repulsivo hijo de padres separados, de acuerdo, pero ha quedado probado que ni su gordura ni la situación familiar le ocasionaban ningún quebranto especial. Comía porque era su pasión, y en cuanto a lo de sus padres, tampoco era para tanto: la gente se divorcia, pasa todo el tiempo, al menos Nancy y Owen mantenían una relación cordial, casi afectuosa. ¿Qué le hacía, pues, sentirse tan desdichado?

Fundamentalmente el color de su piel. Tommy era negro, una clase de negro muy peculiar, que abunda en la América rural y se define por su blancura láctea, el tamaño caucásico de su pene y apellidos centroeuropeos como Blumenthal, Zutka o Cmikiewicz, que era justo el que él había heredado. No es menester relatar aquí las peripecias del bisabuelo Cmikiewicz, que abandonó la Rutenia Transcarpática a finales del siglo XIX huyendo del hambre, de los pogromos y de su esposa Anka. El viejo continente era para Tommy algo

remoto y polvoriento, poco más que un trasto olvidado en el desván. Sus orígenes le traían sin cuidado, eran aspectos circunstanciales que podían y debían ser enmendados a través de su absoluta e incondicional devoción por la música rap y la subcultura hip-hop. Se consideraba un afroamericano de espíritu, un negro atrapado en el cuerpo de un blanco, un caso trans-racial como el de Michael Jackson, pero a la inversa. Sí, Tommy había sucumbido al embrujo de la calle, a la erótica del gueto; una calle y un gueto que sólo había visto de refilón en la pantalla del televisor o en los juegos de bandas de la consola. Más que suficiente.

Por eso vestía como un camello de los que pasan *crack*, ajeno a la pinta de payaso fofo y grotesco que le conferían los pantalones de culo caído, las cadenas chapadas en oro y las gorras con la visera a un lado. Por no mencionar ese andar arrastrado y chulesco del que hacen ostentación los más gallitos, y que gracias a dios abandonó cuando se le enredaron los pies y acabó derramando su flácida humanidad a lo largo y ancho de la escalera principal del instituto.

No renunció, en cambio, al *slang* de las barriadas, que él y Stewie (otro aquejado del síndrome trans-racial) habían adoptado con el mayor desparpajo: se llamaban “*nigga*” el uno al otro, sin que nadie les advirtiera de cuán estrafalario resultaba, pues la única persona que les oía, Axel, jamás abría la boca.

Incluso su aspiración de suceder a Richman en el trono de la glotonería languidecía frente a la fantasía de convertirse en un rapero estrella bajo el rutilante apodo de *Massive-T*, un alias cuya sola pronunciación le producía escalofríos de excitación. Alguien llamado *Massive-T* tenía sin duda que ser peligroso e infundir respeto, imaginaba Tommy por las noches, cuando no conseguía conciliar el sueño y se rebozaba en su cama como un calamar gigante. Con semejante nombre artístico no le costaba nada verse llegando en limusina a una fiesta en una mansión de lujo, rodeado de tías buenas, de ésas a las que les tiemblan los cachetes del culo al bailar; o, mucho mejor, cogiendo una pipa de lado, al genuino estilo *gangsta*, y acribillando sin piedad a un rapero rival. Y así, recreándose en sus visiones, es como Tommy Cmikiewicz

se quedaba al fin dormido, con la mano en la entrepierna y una sonrisa extática de buda feliz dibujada en el rostro. La mayoría de las veces ni siquiera se molestaba en limpiar el semen.

Tal y como les contaba al inicio, en el fondo, más allá de sus desvaríos y su excepcional tonelaje, no era sino un muchachito más, tan desnortado como en su día lo fueron cualquiera de ustedes (no me estoy dando ínfulas, sólo que mi caso es sensiblemente distinto, como podrán comprobar).

Pero apenas unas semanas antes de que nuestros caminos se cruzaran, la relativamente apacible vida de Tommy iba a experimentar un cataclismo que le abriría de par en par las puertas al dolor sin medida, el que viene para quedarse, y por tanto a la adultez.

Sus notas de fin de curso, para variar, habían sido catastróficas. Entre el tiempo que invertía en comer, seguir las proezas de Richman en *Man versus food* y cultivar la ficción *Massive-T*, le quedaban pocas horas que dedicar a los libros. Sólo destacaba en dibujo, disciplina para la que estaba dotado desde su nacimiento con un indudable talento: coger lápiz y papel y reproducir lo que veía era algo que le salía de manera automática, siempre había sido así y nunca lo había valorado; y por supuesto ni se le había pasado por la mente hacer carrera o siquiera ganarse el pan con aquel don, para consternación de Nancy y Owen, que esta vez dijeron basta.

En un alarde disciplinario impropio de padres tan laxos, decidieron escarmentarle por sus reiterados fracasos académicos. Tras una larga reunión (a Tommy podía llegar a fastidiarle que fuesen tan amigos), le informaron que ese verano lo dedicaría por completo a algo tan productivo como echar una mano en el motel propiedad de una tal señora Maynard, compañera de Nancy en el club de costura. “Ya está todo arreglado, empiezas mañana”, remató su padre.

Tommy, aunque poco acostumbrado al puñetazo en la mesa, acató el castigo sabedor de que podían haberse empleado con mayor dureza, sin ir más lejos colocándole un candado al frigorífico, por ejemplo, que es lo que él habría hecho si quisiera de verdad joderse vivo a sí mismo.